

# Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 92

AÑO II

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta  
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 23 DE MAYO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

## A LOS PUEBLOS

A la hora presente son en infinito número los españoles que ven raquíticos sus trigales por haber carecido de agua que les diera lozanía; los que al llegar la vendimia almacenarán el mosto en clocas, que no bodegas, faltos de la tracción necesaria para fabricar vinos exquisitos; los que pronto verán desgranarse los frutales con el peso de sus azucarados productos y podrirse al pie del árbol, faltos de un ferrocarril de vía estrecha que efectúe el drenaje de esa riqueza, haciéndole afuir á los grandes mercados; los que ven cómo se pierde rápidamente la ganadería, faltos de conocimientos para recuperar y conservar aquellos merinos que hoy cuidan esmeradamente los ingleses, aquella raza caballar de cabeza acarne, cada que sólo se encuentra en los cuadros de Velázquez y en tal cual ejemplar de Córdoba ó de Valencia; en una palabra, los españoles que, en número incoitable, ven exhausto su bolsillo y comprometida su hacienda, faltos de una corriente de agua, de un camino ferroviario, de una máquina, de un puente, hasta de un libro.

Todos ellos esperan con ansiedad á la hora presente, ¿qué direis? el periódico de Madrid con la noticia del último deplante de Silvela ó de la dimisión de Alzura!

De tal suerte privan los intereses morales sobre los intereses materiales, cosa nada viable, porque en el despotismo hasta la propiedad se pierde; y de tal suerte estamos también acostumbrados á que el pantano, el ferrocarril, la fábrica, la escuela y hasta la máquina y el libro vengan de Real orden, en cuanto caigan los unos y sufran los otros.

Ya es hora de que entiendan los pueblos que esas obras y esas mejoras por las cuales claman, no las hará Gobierno alguno; las harán los mismos beneficiarios cuando conozcan mejor sus intereses y se asocien para realizar juntos lo que no pueden acometer aisladamente.

¿Creis que á nuestros gobernantes de los últimos tiempos les hubiera pesado convertir este país, todo ruinas, en un país fértil, próspero y bien administrado? ¿Qué más hubieran querido ellos? ¿Qué iban perdiendo con eso?

¿Por qué, en vez de aplicarse á esa tarea, han pasado treinta años hablando de política, mientras la Nación agonizaba y se moría?

Es que la reorganización de los servicios, la manera de convertir el Estado en acicate y en auxiliar de las iniciativas particulares; la administración del país como una sola, con el mismo celo, igual prudencia y más alta sabiduría que el particular pone en la explotación de sus bienes; la reconstrucción económica, y aun integral de la Nación, les era totalmente desconocidos; es que no sabían ni saben hacerlo.

Es que hemos sido gobernados por brillantes oradores; y decir orador es como decir hombre que lleva en el cerebro una lente biconvexa que agranda desmesuradamente las imágenes y las traslada al lienzo del «Diario de Sesiones» por medio de esas cámaras obscuras que se llaman el Senado y el Congreso, para procurarnos un espectáculo vistosísimo; pero en el cual falta la administración, que sería la realidad, así como en el teatro no hay tampoco más que el libro del transporte, sin la puntalada real ó el sainete efectivo.

Habían y discuten de «política» porque no saben más esos amplificadores de imágenes que, precisamente por serlo, carecen de la facultad de ver y apreciar las cosas con sus verdaderas proporciones.

Este apartamiento de la realidad es, por desgracia, incurable; los mismos españoles que somos víctimas de la ignorancia de los oradores, si por acaso viéramos en el banco azul á un hombre sabio y de gobierno, pero de palabra oscura y premiosa le consideraríamos perdido y de ningún valor desde el momento en que á una charlatanería sonora no supiera contestar con otro discurso todavía más furibundo.

Y, por otra parte, consideremos cuántos hacendistas han pasado por el Gobierno en treinta años, sin que ninguno haya logrado alcanzar las funestas líneas generales de los ingresos y los gastos, por cuyas líneas el esfuerzo y el sudor de los que producen pasa á ser consumido en pura pérdida por los que no producen nada; y si alguna vez se fuerza la máquina á fin de que haya algún sobrante, al punto se arrojan sobre él los elementos estérilmente consumidos, sin consentir que sea empleado como generador de riqueza.

El último experimento ha sido decisivo y debe servir de profunda y saludable lección á mucha gente. Con más dable lección á «quien con muy poca» ó menos ciencia, «quien con muy poca» se habían apretado los cuernos para obtener ese sobrante, no destina el nacimiento al fomento de la producción nacional, sino al crédito, á hacer creer por ahí fuera que nadamos en la abundancia, aunque para ello nos quedáramos en cueros, bien así como las familias cursis gastan sus pobres recursos en aparentar lo que no son, si bien á estas las disculpa la posibilidad de lograr un enlace ventajoso.

Y no fué menester más para que los elementos consumidores se precipitaran sobre el ahorro presupuestado y lo arrebataran de las manos del que les defendía y el arrojaran del Gobierno.

Desengáñense con tiempo los pueblos; esos millones necesarios para repoblación forestal de las cuencas, represamiento y canalización de aguas, tendidos de vías férreas, etc., no figurarán, por lo menos en muchos años, en los presupuestos del Estado.

Y es, en cambio, tan fácil que los labradores asociados realicen obras, compren máquinas y paguen profesores, que valdría la pena de intentarlas.

## A CONCHA

Te vi llorar en ocasión solemne con motivo de un drama interesante, y la vergüenza enrojeció tu rostro y á tu pesar lloraste. Después te vi reír... risa forzada que se asoma á los labios y no sale, como no sale el sol, cuando la bruma se empuja en ocultarle. Lloras, y no te avergüences, pobre niña que dejas correr tus lágrimas á mares, seco está el corazón del que no llora ¿Puede el tuyo secarse?

LUIS MOYANO.

## UN SUEÑO

Estaba muerta, sin calor. La herida era visible apenas en el fianco: ¡Estrecha fuga para tanta vida! El lienzo funeral no era más blanco que el cadáver. Jamás humana cosa verá el ojo, más blanca que aquel blanco. Ardía Primavera impetuosa. Los cristales, do cénitas inermes golpeaban con ala rumorosa... Hayó de ella el calor. Yo dije: ¿Duermes? ¿Duermes? Y al recordar que aquel acento no era el mío, me crispé de pavor. Escuché. Ni un murmullo, ni un acento. Cantivo de la roja arquitectura se dilataba en el bochorno un fuerte Olor á destapada sepultura. El hábito invisible de la Muerte Me estaba sofocando en la cerrada Habitación. A la mujer inerta ¿Duermes? le dije. ¿Duermes? Nada, nada. El lienzo funeral no era más blanco... ¡Sobre la tierra de los hombres, nada Verá el ojo más blanco que aquel blanco!

GABRIEL D'ANNUNCIO.

## CUENTO

## LAS GEMELAS

I

Todos los días festivos las veía pasar á la misma hora. Eran, sin duda alguna, las más elegantes de la capital. Por allá, por donde pasaban, dejaban una estela de admiración. Sus sombreros de pluma, que casi ocultaban sus diminutos rostros, sus cuerpos ceñidos ó sueltos, según la moda, sus faldas de innúmeras pliegues, que semejabán tñimeral. Sus paños, eran la envidia de las cas de Dios, los negros y grandes comujeres. Sus oídos, por encima de afilada punta de mora, sus labios que se abrían en una sonrisa, sus labios rojos que se abría en hilera dadosamente para mostrar sus cuerpos de de nacarados dientes, sus cuerpos de líneas suaves, delicadas como de cañas, eran la desesperación de los hombres.

A pesar de ello, pasaban los días, transcurrían los meses y, sin embargo, las gemelas, como las llamaban la gente, continuaban exhibiéndose los días festivos y á la misma hora con idéntica compañía, su madre, una mujer ya entrada en años que las seguía como perro cariñoso y dócil.

Al principio nadie sabía quien era, después se inventaron mil historias que corrían de boca en boca como fugaces cometas, que si variaban en la forma, en el fondo eran simétricas, iguales,

Todas ellas convergían á un mismo punto. A deshacer en añicos y arrastrar por el lodo la honra de aquellas mu. chachas.

II

Transcurrió un año y las gemelas parecían languidecer, sus vestidos continuaban siendo la envidia de las mujeres pero sus rostros y sus cuerpos, no causaban ya gran admiración entre los hombres. Esto aumentaba la comidilla. ¿No lo veis? se decían, cada día que pasa más ajadas. ¡Aquel lujo de alguna parte tenía que salir! Y á este tono se despachaba la gente siempre dispuesta y complaciente en arrancar tirillas del pellejo de sus semejantes.

Poco tiempo después nadie las veía, habían desaparecido; parecía haberse las tragado la tierra. ¡Y aquí fueron de las conjeturas! Las producciones exaltadas al lado de las cábalas estupendas que la gente formó. Quien aseguraba haberlas visto partir hacia el extranjero; quien otro decía formalmente haber visto un edicto judicial para prenderlas...

III

Estábamos un día de reunión varios amigos; la conversación recayó sobre las gemelas; casi todos dijimos alguna sandez de las muchas que corrían como verdicas; uno solo, un joven médico, permaneció silencioso mientras nosotros charlabamos.

No pudiendo soportar tantas barbaridades, rompí su mutismo diciendo con voz de trueno:—¡Callad, que me parecéis tías de plaza. Esas muchachas eran tan honradas como lo serán vuestras hermanas, como lo son vuestras madres.

—¿Pero tú las conoces?—le interrumpimos todos á coro.

—Las conocía.

—¿Luego ¡han muerto?

—Sí. Yo certifiqué sus defunciones. ¡Murieron de hambre! Sólo tuvieron una falta: su amor al lujo. Por el trabajaban hasta altas horas de la noche, robándole descanso al cuerpo; por él hizo la gente girones, de su honra; por él castigaron el estómago; por él enfermaron; por él murieron; las que todos suponían queridas de algún príncipe ruso, estaban amancebadas con el hambre...

JUAN ALCINA.

## EDUCACIÓN CÍVICA

Yo estos días un excelente trabajo. Leí de un inspector de Escuelas pedagógicas de Berlín, P. de Gizeki, y otra municipal. En mi espíritu una idea, vez se refrescaba. ¿Cuánta verdad; á saber: que esto que se llama «educación cívica», que toda reforma eficaz, que toda acción fecunda en la vida nacional, debe empezar por abajo; que el «cívico» dijéramos por el principio, lo que es «cívico» á ir de adentro á fuera, á la manera orgánica, y además, que esa reforma y esa acción deben ser, sobre todo, obra educativa. Quien, por ejemplo, quiera explicarse la cultura de un pueblo, debe preguntar, ¿ca